

En recuerdo de Cristina Díaz



TAL VEZ fue un gran momento para aquellos que compartimos la experiencia. Conocí a Cristina Díaz en mi ingreso a la universidad en los tempranos días de febrero de 1984. Con ella no compartí las clases del cursillo de ingreso a la carrera para rendir el examen que todavía era obligatorio. Pero sí nos cruzábamos en los pasillos cuando me dirigía a la «hermosa» (así lo era para mí) Aula C, que tenía las paredes tapizadas de mapas del viejo edificio de calle Córdoba esquina Moreno de la ciudad de Rosario. Como decía, tuvimos la experiencia, y además creíamos que conocíamos su sentido.

Desde ya que como jóvenes con los que se experimentaba el nuevo plan de estudio estábamos sujetos a profundas innovaciones y las aceptábamos deseosos. Y en ello Cristina tenía mucho que ver, para comprender que lo anterior surgido durante el Proceso era claramente deficiente.

El año 1986 fue pródigo en novedades motivadoras. Radicalizaciones varias, reproducciones de discursos y nuevas instancias para crear instituciones. En ese contexto, sin imaginarlo, y con veinte años, me encontré, primero, como candidato y, luego, como consejero estudiantil electo en el Consejo Directivo de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. La primera tarea que tendríamos era la de elegir las autoridades de la Facultad, y entre las posibilidades estaba que Cristina fuera candidata a vicedecana. No fui a la reunión en su departamento de la calle Maipú en la que se charló esa posibilidad, pero me tocó argumentar y votarla, para que así fuera elegida. Como en ese momento, o en instancias posteriores, su compromiso fue siempre con las instituciones por dónde le tocó transitar, más allá de sus posiciones, enojos o cambios de lugares.

Su guía en la pasantía de final de carrera fue fundamental para la culminación de mi licenciatura. Se desarrolló en la Comisión de Planeamiento y Urbanismo del Concejo Municipal de la ciudad de Rosario. Pero también era primordial, pues nos mostraba la manera en la que entendía el ejercicio de la ciencia política, como una disciplina en la que teoría y práctica convivían y ampliaban los horizontes de análisis.

En los años posteriores, las opciones institucionales en la Universidad Nacional de Rosario y los proyectos nos siguieron uniendo, junto a su amigo Alberto Petracca. Así, investigación, coloquios, publicaciones hicieron que compartiéramos más iniciativas. Todo para mí era aprendizaje y su participación como vicepresidente de la Sociedad Argentina de Análisis Político se convirtió en una puerta para nuevos vínculos con colegas de la disciplina.

Cuando me tocó ser director de la Escuela de Ciencia Política, en Rosario, durante ocho años, siempre me aconsejó con criterio y acompañó trayendo o compartiendo iniciativas que se promovían.

Pero, además, los nuevos caminos que Cristina emprendía también implicaron, gracias a su generosidad, nuevas posibilidades para un importantísimo número de colegas en su crecimiento personal y laboral. Entre ellos también me encuentro yo. Una información que transmitió sobre un concurso que se convocaba en la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos, me llevó a evaluar la posibilidad de presentarme y aspirar para dicho cargo.

El cumplimiento, en 2007, de las instancias institucionales hicieron que obtuviera el cargo de profesor titular de Problemática Política de la carrera de Ciencia Política en la FTS-UNER, y que Cristina fuera la coordinadora de la carrera en la que comencé a desempeñarme.

Desde allí, los viajes compartidos hacia y desde Paraná eran horas de encuentro, conversaciones, enseñanzas, aprendizajes. Y como siempre Gerardo, su esposo, ayudando para que llegáramos antes a Paraná o, de regreso, a nuestras casas.

En los últimos días, nos «veíamos» en Facebook, leyéndonos, comentándonos. Un día antes de su fallecimiento encontré una foto del acta del primer Consejo Directivo de la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR en la Normalización. Ambos habíamos sido miembros del mismo, la publiqué y Cristina me comentó que yo debía hacer la cronología de ese proceso. Cuando me enteré, por un mensaje en mi teléfono, de su fallecimiento, su cuenta de Facebook aún estaba activa.

Me quedan sus enseñanzas, su amistad, su cariño y la tarea que veré si puedo cumplir. Gracias, Cristina.

V. GASTÓN MUTTI

Rosario, 11 de setiembre de 2024

Cristina Díaz: un adiós lleno de encuentros

CRISTINA FUE ENTRAÑABLE. Por su capacidad interminable de dispensar afectos acogedores en los no siempre hospitalarios ámbitos académicos; por su compromiso con aquellas causas que abrazaba. Su involucramiento con los temas y problemas era pleno. En ellos se jugaba su capacidad intelectual de imaginar soluciones, su incesante gesto de repensar las lógicas de algunas cosas tal cual se presentaban. Pero también esa ética de ponerle el cuerpo a las cosas: las jornadas extensas, las agendas desbordadas de superposiciones horarias, la imposibilidad de sacar la oreja a un pedido de escucha fuera de programa; la necesaria reafirmación de dar la cara ante las adversidades; el tedio ante lo absurdamente burocrático; el cansancio. Esa tenacidad por llevar a buen puerto los procesos que conducía (nunca pocos): la implicaban de manera íntegra.

Sostuvo a lo largo de toda su carrera profesional la convicción de hacer crecer la disciplina en la que creyó desde joven. Lo hizo generosamente, dentro y fuera de los ámbitos estrictamente académicos. También alentando todos los procesos fundacionales que sirvieron a tales expansiones. Desde la recuperación de su histórico lugar de trabajo (la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales-Universidad Nacional de Rosario) en los años del regreso a la democracia, desempeñándose como autoridad en dicho proceso de normalización; siendo parte activa en el crecimiento y consolidación de dicha Casa, donde fue además docente titular de las Cátedras de Análisis de Políticas Públicas y Análisis Político, directora del grupo Política y Gestión, directora del Departamento de Administración Pública y vicedecana. También, y dando continuidad a esa intención, fue casi una militante en alentar procesos de creación de carreras en el resto del país: asesoró en la confección de sus planes de estudio, contribuyó en la instalación de esas agendas como disertante invitada en las instancias de su consolidación; lo hizo siempre promoviendo las fortalezas de los perfiles de formación en cada territorio. Federal en sus convicciones, se movilizó a cada rincón del país donde se la convocara a estos fines. Ese gesto se sostuvo a su vez, acompañando como evaluadora la Investigación y la Extensión incipientes

en cada caso. Contribuyó a pensar las soluciones a la expansión académica y a la evaluación institucional necesaria para fortalecer cada propuesta. Lo hizo siempre abrazando la idea de aprovechar las potencialidades y capacidades de cada lugar; respetando las singularidades; sosteniendo la heterodoxia como principio, en tiempos de fuertes modas intelectuales y de una pretendida pulcritud metódica de la que siempre guardó sospechas. En esa forma de entender el necesario crecimiento del campo, llegó un día a la Facultad de Trabajo Social de la Universidad Nacional de Entre Ríos, donde puso todo su empeño en la implementación de la carrera de Ciencia Política. Ejerció como coordinadora de la misma entre 2005 y 2014, fue docente de distintas instancias de posgrado, y fue protagonista en el proceso de diseño y aprobación del plan de Estudios de la Maestría en Evaluación de Políticas Públicas, que luego también coordinó.

Persiguiendo tal imperativo de «poner cabeza y cuerpo» a cuantas empresas juzgaba necesarias: fue parte de comisiones directivas, presidió y gestionó desde distintos lugares para asociaciones y organizaciones diversas, que fueron simiente en el proceso de institucionalización del espacio profesional de la ciencia política. Así integró la Sociedad Argentina de Análisis Político (de la que fue vicepresidenta), La Asociación Argentina de Estudios de Administración Pública, la RED INPAE, fue cofundadora de REDMUNI, y miembro de ICPA FORUM, entre otras.

Fue maestra en el aula, mentora en nuestras carreras profesionales, y una conductora excepcional en muchos espacios de trabajo, donde jamás hizo falta dar explicación de tal investidura. Amiga de los amigos, y adversaria aguda y tenaz (de cuyos argumentos era prudente tomar todos los recaudos). Fue defensora inagotable de la Universidad Pública que amó, respetó y honró con su capacidad de hacer crecer.

A pocas horas de la noticia de su partida, se me escribieron estas palabras —un poco solas— en una red social:

«Un eterno abrazo querida amiga, colega, compañera y maestra (ya que te jactabas orgullosa de ser de la última generación de maestras normales nacionales)... no va a ser fácil seguir sin tu consejo, sin tu aliento, sin tu aprobación cómplice.

La generosidad intelectual y la camaradería que te vi dispensar a cercanos y no tanto; la mano amable; los incontables gestos de contención a colegas recién estrenados y próximos a salir al ruedo; las interminables palabras de aliento que te vi soltar tan naturalmente: se van grabadas en las memorias de todos los que fuimos alguna vez a pedirte una mano... y somos muchísimos en este colectivo.

No sé si alguna vez voy a terminar de conmensurar todo lo que aprendí en más de veinte años de caminar a la par...

Me acongojo en el recuerdo de las charlas interminables de laburo; en tu mirada desencantada sobre el devenir de las cosas que más queríamos de nuestra Argentina; en el calor de las discusiones que nos atrapaban cada tanto; en las risas, en los enojos, en el registro irónico de tus comentarios en secreto.

Te voy a seguir conversando en los recuerdos que los nubarrones de esta tristeza, aún no me quieren devolver».

Curiosamente, al mismo momento de cumplir con el compromiso de dedicar unas líneas (que resultan claramente insuficientes), un amigo en común, en un foro cuyos miembros tienen la particularidad de haber cruzado espacios de trabajo con ella, compartió las siguientes líneas:

«No se trata de tener personas a las que imitar, sean conocidas o no, sino de escoger a las personas que inspiren en nosotros lo más costoso: respeto y una admiración crítica, sin fanatismos y sin la voluntad de santificar a nadie. Referentes laicos. Pecadores ejemplares de los que se pueda discrepar, por supuesto. Saber dónde mirar y dónde mirarse, de eso se trata; admitiendo que te puedan decepcionar lo mismo que tú te decepcionas a ti mismo».

Leyendo este artículo me acordé de Cristina Díaz...

Son palabras que te hacen justicia. Te vamos a seguir extrañando siempre.

PABLO BARBERIS
Santo Tomé, septiembre de 2024